



CENTRO ATLÁNTICO DE ARTE MODERNO

CABILDO DE GRAN CANARIA

‘CONVERSACIONES DESDE MI ESTUDIO’

RICARDO MONTESDEOCA – PSJM

El día 17 de abril de 2020, y a petición de Orlando Britto, director del CAAM, Ricardo Montesdeoca y los componentes de PSJM (Cynthia Viera y Pablo San José) mantuvieron una conversación por videollamada para decidir cómo presentar este diálogo entre artistas. Fue una charla cordial que, sobre todo, sirvió para que nos conociéramos, ya que tan sólo habíamos cruzado unas palabras en una ocasión. De móvil a móvil, apuntamos algunos temas sobre los que nos gustaría hablar o escribir. Comentamos esto y aquello. Charlamos. Y deliberamos. Ya entonces, la idea de hacer algo con total libertad, en un momento en el que se carece de ella, dominó la conversación. En contactos posteriores efectuados por el chat llegamos al convencimiento de que esta conversación entre artistas la íbamos a presentar como dos monólogos que, al colocarlos juntos, pudieran entrar en diálogo entre sí en la mente de quien lo leyera. A Ricardo le apetecía escribir un texto con cuestiones que le rondaban la mente y a PSJM, bueno, nunca dirán que no a explayarse en negro sobre blanco. Quisimos encontrarnos ambas partes en un espacio de libertad individual. Lo que sigue es el resultado de ese encuentro. Pónganle ustedes las voces en off.

Momento propicio para no olvidar (El error y el futuro imaginado)

Ricardo Montesdeoca

Hace unos días comentábamos por video-conferencia algunos puntos a tratar. Entre ellos estaba el error y nuestras capacidades de aceptación, de aprendizaje y planeamiento de un futuro algo incierto.

Este futuro lo podemos abordar de muchas formas y se me ocurre desde la incertidumbre, lo imaginado a modo de conjetura y lo imaginario en clave narrativa. No quiero dejar al margen la importancia del exceso de información y como añadió Cynthia, incluir el exceso de desinformación.

Ante todo, quiero dejar claro que escribir no es mi fuerte salvo que utilice la luz que entra en mis latas y sobrescribiendo a modo de puntos lumínicos otras realidades en material sensible

con sales de plata... Por lo tanto, les pido algo de paciencia y comprensión que seguro ustedes me brindarán.

Solemos tener una capacidad innata para omitir determinadas situaciones, realidades que en otras ocasiones nos llamaron poderosamente la atención. Una prueba de ello la podemos situar en eventos climatológicos adversos, respondiendo a ellos como algo aparentemente nuevo en nuestras vidas olvidando que algo parecido sucedió en nuestro pasado y quizás de mayor calibre. Seguramente esto es debido a un error de cálculo en el tiempo o una jugada maestra de nuestros recuerdos grabados en la mochila de la vida. De esto algo me queda claro, desde mi humilde opinión: si somos capaces de olvidar seremos capaces de ignorar, y eso en estos tiempos no creo que sea nada bueno.

El error es muchas veces causa de disputa social y política. También podemos considerarlo como aceptación de la realidad y, en consecuencia, antídoto para soluciones posibles. En cualquier caso, el error puede llegar a ser casi divino ya que puede ser la solución para el buen aprendizaje y en su defecto, compromiso de nuestra tolerancia con nuestros futuros movimientos. Personalmente, creo que nos ayuda a entender la naturaleza de las cosas y nuestras acciones, al tiempo que mejora nuestro progreso como seres humanos. Y no hablo de perdonar, imagino mejor nuestra capacidad de analizar primero, consensuar y, por último, para mí lo más importante, nuestra facultad de aceptar cambios personales para entenderlos a nivel global. ¿Será posible?

Ya les comenté sobre el libro *"Breve historia del error fotográfico"* de Clement Chéroux. Aplicado al aprendizaje del error, la fotografía ha avanzado hasta nuestros días de una forma considerable. De hecho, sopeso que ésta ya no es lo que era o simplemente nuestra progresión desde la aceptación nos hace analizar los resultados desde otro punto de vista. No opino lo mismo de nuestras actitudes. Creo que hemos aprendido bastante de nuestros defectos, de nuestros fracasos, pero si expandimos nuestra visión y generalizamos los resultados, a la humanidad le queda mucho que aceptar y aprender para ser realmente felices... ¡Claro, si de felicidad se tratara!

En el ámbito fotográfico tiene bastante importancia el triángulo teórico práctico de la exposición, un método bastante sencillo de entender y aplicar. En este libro, Clement nos habla de esta figura geométrica situando en cada vértice a diferentes modelos activos dentro del campo de la fotografía. Para explicar una de las causas por la que la fotografía dejó de ser estanca y aceptó nuevos cambios (inimaginables años antes), ubica en cada punto de ese triángulo a fotógrafos profesionales, artísticos y aficionados. Los cambios empezaron a ser efectivos y decisivos cuando entre ellos surgió la comunicación y el aprendizaje de cada uno, con los situados en los dos vértices opuestos. A partir de ahí entre otros muchos pasos, la fotografía a través de su historia siguió avanzando y aceptando cambios, eso sí, como en todas las profesiones, con sus detractores, situados todos ellos en el oscurantismo y la tradición más absurda imaginable. Hoy podemos trasladar y crear un mapa de triángulos posibles para imaginar/desear cambios posibles para este futuro que nos espera, situando como en un primer caso posible, por un lado, al individuo, la sociedad y la cultura. Un segundo elemento para triangular puede ser Globalización, política y capitalismo, y así hasta un sinfín de posibles estados geométricos que nos sirvan para construir ese universo de posibilidades que

contribuyan desde el aprendizaje y la aceptación a cambios suficientemente fuertes como para no retroceder y caer de nuevo en el error y que nos deje avanzar como sociedad globalizada. En este último punto de “globalización” tengo mis dudas, aunque me sigo considerando ciudadano del mundo.

En estos días de mucha información, producto del encierro, he visionado videos de diferente índole. No es habitual en mí, pero supongo que será para ocupar mi tiempo en productos absurdos, adulterados y algunos verídicos. Una de las cosas que ha llamado mi atención es la violencia, la falta de respeto a las normas comunitarias. No hablo sólo de nuestro país que se puede llevar un notable en cuanto a aceptación de las normas impuestas, el problema está en otros territorios como Sudamérica, África y Asia donde las noticias que llegan son realmente espeluznantes. ¿Realmente estamos capacitados para aceptar cambios a nivel social? Tengo dudas, muchas dudas. Depende en principio de educación, cultura, nivel social, país de confinamiento, etc. Pero, sobre todo, debemos de tener la capacidad de entender que *el error puede ser el camino para avanzar y que nuestro futuro pueda ser esperanzador.*

No quisiera seguir con este texto en la línea de pensamiento real, a modo de diario personal mostrando mi opinión dentro de un laberinto inmenso de juicios irracionales y partidistas que leo en redes sociales e incluso en más de un medio de comunicación. Ahora mismo me cuesta concentrarme, me aburre tanta información y desinformación, me causa estrés y me falta la respiración para poder discernir noticias que nos llevan casi a un caos total, sobre todo por la rapidez que se trasladan de un punto a otro de nuestro planeta. Ante esta situación personal y por mi condición de creador artístico, prefiero seguir con el postulado de mis sueños, con mi afinidad con el mundo imaginado y como no, intentar dibujar, pintar y fotografiar con la luz de mi memoria un futuro lleno de recuerdos esperanzadores y sonrisas eternas.

Comentaba con ustedes PSJM el recuerdo de una frase que se me quedó grabada de la película Dead Poets Society: *“Hacer de ahora en adelante de la vida un poema de sonrisas”*. Y ahora quisiera compartir un texto mío del año 2008 cuando residía en la isla de Lanzarote, *“El paraje de los sueños rotos”*, para seguir desde mi ventana lo que mis sueños me concedan.



En algún lugar, desde mi ventana cristalizada que no me deja ver, donde he contado mil veces la aventura de marras, a saber, de lo desconocido y conocido,

de lo supuesto, lo imborrable y placentero. Desde ese rincón aprisionado entre músculos y arterias de mi existencia, donde guardo mi cajita de recuerdos inconfesables, aquí, en este lugar de nadie y para todos, paraje que perturba mi desorden del ánimo, en ese estado pasivo contrario a mi conciencia, donde mi apetito vehemente arde y me llena de pasión, sí... en ese lugar, de indicios y sospechas, de horizontes compartidos que se funden y moldean el gris lluvioso de luz tenue con el blanco difuso de la sal, serena mar, y tú, mi límite visual, como frontera que atrapas y a cuál cubres, a cuál ciegas, a cuál embiste... temporal previsto. Déjame andar con mis sueños por tu circular espacio, encerrarme en tu miserable y perverso nivel estratificado que divide el perfil del suelo, abandóname para poder alcanzar lo deseado, finge mi realidad, mi fantasía, esperanza sin posibilidad de realizarse. Y quisiera, queriendo y con voluntad procurar seguir y querer, aceptar y conformar el intento de mi deseo, y no inclines la balanza de lo que apetece, para procurar e intentar, no romper el encanto de mis sueños.

En los últimos años he intentado transmitir a mis alumnos en los talleres la idea de que lo que hacemos hoy es producto de algo que tiene que ver con nuestro pasado (recuerdos, sensaciones, emociones, experiencias, fracasos) y que con el tiempo se repiten a modo de bucle subconsciente. En este paraje de sueños rotos se reproducen a día de hoy varios elementos significativos en este estado de confinamiento. Desde la ventana (recuerdo la pequeña ventana del mi primer estudio cuando estudiaba y que fotográficamente marcó mis principios artísticos), el mar, el salitre, el azul del cielo, la balanza que compensa, el espacio, el tiempo, etc.

Ayer amaneció de nuevo, y como siempre, observo a través de mi ventana el silencio de la calle. No hay sombras, no hay nada, sólo silencio y avisa que por mucho tiempo. Leí hace poco que el tiempo y el sonido son imposibles y que entonces nos condenamos al silencio. Ya se adivina los primeros rayos de sol y se levanta una ligera brisa. Huele a café. Y quiero tocarte como siempre, como cuando era niño y planchaba mi pecho en tu costado. Quisiera tocarte y abrazarte, pero es casi imposible ahora a pesar de la corta distancia que nos separa. Se te ve iluminado, y te conviertes en plata fundida y vuelves a brillar como siempre. Y procuro alzar mis brazos y tocarte con mis dedos, y recuerdo los días que cruzábamos las miradas e invitabas a sumergir mis deseos como cuál náufrago. Intento dibujarte tocando blanco de arriba y azul sereno de abajo, mezclo y extendo mientras me invaden mis regalos, los que me da la vida. Es todo extraño, los árboles no son verdes, no se mueven. Ahora no te siento como antes y deseo que la realidad sea un sueño mañana. Huele a café. Amanece, y desde mi ventana el mar.

Quiero también compartir con ustedes parte de una Elegía de mi compañero fotógrafo Felipe Molina.

“Y llegará de súbito el viento gélido, y acabará para siempre mi futuro, y aunque de seguro me venza, lidiaré y me aferraré a la vida hasta que mis sábanas se conviertan en mortaja”.

.

Simplemente la vida es un bucle, y vuelta a empezar. Ya nada me asusta pues en mi caso dos veces he visto el final, que es el comienzo, y por lo tanto hablar de futuro se convierte en soñar día a día y nada más. La canción de Korn, *“Good God”*, tiene algunas frases interesantes. *“Vive tu vida insegura, siente el dolor de tus agujas, grito sin un sonido, sin un suspiro”.*

Todo esto me emociona en estos momentos y me animan a pensar que el futuro no cabe incierto, más bien nítido. Puede parecer extraño, pero es así.

Acabo de conocer (y me interesa muchísimo) a la escritora brasileña Eliane Brum a través de mi compañero y amigo al que le debo un café y su charla correspondiente, el escultor Orlando Ruano. El diario El País publica uno de sus diarios, *“Casi dentro de la boca de la ballena”* donde relata su travesía a la Antártida. En este diario de abordaje comenta:

¿Cómo fotografiar lo que ha sucedido dentro de nosotros, de mí, después de esto?

¿Estaremos preparados para estar dentro de la boca de la Ballena? ¿Nos hemos metido en la gran boca a causa de nuestros errores? Sacando esta lectura de su contexto, hoy desde mi ventana, como fotógrafo de oficio y no de devoción, se me hace difícil encontrarme desde dentro hacia afuera como siempre he practicado. ¿Cómo reflejar desde el suceso con mi cámara oscura un futuro imaginado si lo documental jamás me ha dejado vomitar? Será cuestión que el tiempo siga su camino, que no se acabará, y que todos esos reflejos de mi memoria al tiempo que envejecen en mi regazo formen parte de ese futuro nítido que la vida me quiera dar. Parece un juego, esperar que todo pase como tenga que pasar y quizás dentro de unos años pueda con mayor profundidad de campo construir una imagen que primero me retuerza las tripas y que me dejen ver con mayor claridad, para relatar el pasado, y con el aprendizaje, será posiblemente el futuro que quiero esperar.

“Ahora estoy condenada a vivir profundamente agradecida por albergar dentro de mí seres que no caben”, comenta Eliane Brum.

Hay seres dentro de todos nosotros, dejemos que sigan con su camino y ya nacerán. Si, la espera no es mala, imaginar tampoco, soñar menos. Sólo pido que el futuro no amplíe nuestras distancias como sociedad. De la conducta de cada uno depende el futuro de todos. Y me gustaría terminar esta parte del texto con una frase de Groucho Marx; *¿Por qué debería preocuparme de la posteridad? ¿Qué ha hecho la posteridad por mí?*

Y eso mismo me pregunto yo.

En una reciente entrevista a David Hockney en el diario digital XL Semanal, Hockney manifiesta lo siguiente: *“Les haría un corte de mangas a todos los que dicen que el mundo se está yendo al garete”.* En esta entrevista ha querido mandar un mensaje de vida y renovación y añade *“No*

creo que la pintura pueda cambiar el mundo, pero sé por experiencia que el arte alivia la desesperación”.

Hockney tiene 82 años, mi madre que aún vive 87. Esos son años y experiencia como para preocuparles los más mínimo el futuro. Seguramente porque el final del que hablé anteriormente lo ven a la vuelta de la esquina, y así todo, tanto uno como el otro nos envían un mensaje de vida y renovación. En el caso de mi madre se sigue aferrando a la vida sin más, eso sí, día a día.

Para finalizar, quisiera agradecer al CAAM, a su director Orlando Britto, a Cristina R. Court y por supuesto a PSJM por hacerme partícipe de esta aventura que desde la humildad de alguien que de letras no sabe más, ha llenado un espacio de su tiempo con ganas de seguir aprendiendo y avanzando para seguir creyendo en la humanidad.

El futuro ya vendrá, quizás con mamparas de cristal.

No vamos a hablar del tema

PSJM

A la hora de escribir o hablar en medio de una situación tan excepcional e irreal como la que estamos viviendo, lo primero que nos planteamos es, simple y llanamente, adoptar una postura esquivada y salirnos por la tangente. No hablar del ‘tema’, del maldito ‘monotema’ que está allí donde te asomes: en los medios, siempre, en las redes, a todas horas, en la calle, esperando, en los sueños, acechando. ‘No hablar del tema’ se podría entender entonces como una toma de posición negacionista. Sin embargo, no se trataría de un negacionismo pernicioso y letal como el de los destropopulistas de los gigantes americanos. Ese negacionismo acarrearía la muerte segura a millones de sus compatriotas. En cambio, esta postura nuestra, más que una negación, es un esquivo, un pasar de lado, una liberación en tiempos sin libertad, una postura, si se quiere, terapéutica.

Y es que se ha hablado mucho estos días del arte como terapia, bálsamo que mitiga la angustia de las almas. Sin duda, las artes pueden tener ese poder, pero no solo para quienes lo consumen, sino también para quienes lo producen. “Echarlo fuera”, así se está entendiendo la expresión artística estos días raros. Y es comprensible que los cuerpos creadores necesiten “hablar del tema” profiriendo notas musicales, colores, movimientos enjaulados, palabras en un micro, formas a distancia. Es comprensible. Todo el mundo quiere “echarlo fuera”, a veces en un acto de solidaridad, confiando en que al otro lado de las pantallas se identifiquen con su poético llanto y, al hacerlo, llegue el sosiego y la esperanza a sus casas. Sin embargo, nosotras no vamos a hacer tal cosa. Nuestra terapia consiste en proseguir el discurso donde lo habíamos dejado, adaptado, eso sí, a las nuevas formas de difusión. Desigualdad, control a través de los símbolos, injusticia, deterioro ambiental, todo esto sigue ahí, agravado en muchos casos. Nuestros proyectos, nuestros dibujos y escritos, nuestras creaciones y gestiones continuarán centradas en estos asuntos, intentando aportar algo de belleza e intentando activar la reflexión crítica.

No, no vamos a hablar del tema. Y no lo vamos a hacer además porque hablar del tema significa contribuir a engordar un circuito sobrecargado de información, en el que todo está dicho y en el que todo son especulaciones. Un campo de signos descontrolados en el que los significantes se desprenden de los significados y en el que las afirmaciones no encuentran referentes en los hechos. Información a flor de piel, como calmante y como dolor, como droga matutina que ya no te abandona en todo el día, que se queda rondando, chispeando de neurona a neurona, también cuando cierras los ojos e intentas descansar. Datos, curvas, links, memes, opiniones expertas, débiles certezas y ruido, mucho ruido, estridente y doloso, ruido creado cuando se empuña la mentira como arma política. Pero todo eso, se dirá, ya estaba aquí. Y así es, tan solo ha cambiado el tema, pero los modos de la guerra simbólica y la intensidad de la contienda informacional ya estaban en su punto álgido. Ciertamente, vivíamos, como anunciaba Hito Steyerl, en tiempos de una guerra civil global que se libraba a través de las máquinas comunicativas y de control. Ya teníamos Big Data y minería de datos, ya teníamos noticias falsas dirigidas a perfiles escogidos y geolocalizados que cambiaban el devenir de los Estados. Steve Bannon ya estaba ahí, en todas sus versiones nacionales, también en la castiza. Los bulos, los “hechos alternativos” y la post-verdad ya estaban ahí. El control sin límites mediante inteligencia artificial sobre la población asiática ya era un hecho. Allí, como afirma Byung-Chul Han, aceptan la monarquía de la máquina inteligente sin cuestionarse demasiado la merma de sus derechos fundamentales. Aquí, puede que las leyes protejan más nuestra privacidad, pero no nos engañemos, nuestros datos, nuestras preferencias, movimientos, relaciones y conversaciones, quizá hasta nuestros mismos pensamientos, estaban ya en manos de las corporaciones tecnológicas. “Acepto”, un sencillo gesto, un simple click, un *touch* por el que donas tus datos a cambio de dominar las cosas, de hacerte la vida más fácil. “Acepto”, acepto que trafiques con mis datos, acepto que los vendas a partidos y empresas, acepto que la propaganda y la publicidad se cuele en mis dispositivos con mensajes diseñados solo para mí. “Acepto” controlar mi mundo mientras me controlan a mí. Da igual, la tecnología hace el mundo mucho más inteligente y a nuestra entera disposición: enciclopedias y mapas, aplicaciones de toda índole, todo dispuesto para facilitarte la vida, una vida sin esfuerzo. «Los humanos podrán ser estúpidos porque el mundo mismo será inteligente» escribe Marina Garcés. De lo que se trata es de «delegar la inteligencia misma». Que lo decidan ellas, las máquinas. «Analfabetismo ilustrado» lo llama Garcés. Un estado de la humanidad peligroso e inquietante. Steyerl apunta:

En la ciencia ficción modernista, los peores gobiernos solían ser presentados como una inteligencia artificial singular que controlaba a la sociedad de manera remota. Los proto y parafascismos que existen hoy en la realidad, sin embargo, se basan en la estupidez artificial descentralizada. Los ejércitos de bots y la magia de los memes conforman la inteligencia visceral del sentimiento político, manufacturando linchamientos digitales disfrazados de pasiones populares.

Sí, eso ya estaba aquí: bots programados por el odio, memes creados para engañar, trols y *haters* dispuestos a utilizar la “libertad de expresión” para desestabilizar el mismo sistema que la hace posible. Las sociedades se hallaban ya en una encrucijada de máxima tensión entre la

epistemología social y la manipulación de las emociones. Los populismos aparecen como resultado del resentimiento de la población que se siente abandonada por la élite. Pero no solo por la política, sino también por una élite que ha ostentado la soberanía epistemológica, que ha sido, desde el siglo XVII, garante del conocimiento y la información fidedigna, en definitiva, una élite que ha atesorado “el poder de la verdad”: científicos y periodistas, unos explican y predicen, los otros notifican lo que ha sucedido. William Davies es muy claro a este respecto y señala el descrédito del saber experto como uno de los factores que ha generado una sociedad en la que gobiernan las emociones (programadas). La sensación de que los expertos son una “élite” que luego nos ordenan a los demás lo que hemos de creer está muy extendida entre movimientos ultrareaccionarios y nacionalpopulistas. Es una consecuencia de la extralimitación tecnocrática de las democracias. Los expertos y los responsables políticos pueden hablar sobre temas como el desempleo, pero nunca sabrán cómo se siente cuando uno está en paro. Ese sentimiento, ese resentimiento, es lo que utilizan los destropopulistas.

A esa “extralimitación tecnocrática de las democracias” que señala Davies, cabría añadir otros factores que explican la caída en desgracia de la objetividad de la ciencia: los discursos que desde la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia cuestionaron su neutralidad. El falsacionismo de Popper, el concepto de paradigma de Kuhn, el adiós a la razón de Feyerabend, la construcción social de los hechos científicos propuesta por Latour o teorías postmodernas como la de Lyotard pusieron en entredicho la neutralidad de la ciencia. Como también lo hizo la aparición de la Big Science: los programas de financiación, el marketing, la carrera por las citas y la competencia entre laboratorios, la opacidad de los descubrimientos dependientes del registro de patentes, todo esto ya poco o nada tenía que ver con la ciencia tal como la pensó Bacon o con los valores científicos que prescribió Morton. La ciencia se convirtió en rehén del sistema capitalista y bajo el síndrome de Estocolmo asimiló su lógica hasta perder la credibilidad. Si la ciencia se puede comprar, si detrás de los descubrimientos y predicciones siempre hay intereses, entonces se pierde la confianza. Todo esto fue aprovechado por la ultraderecha para levantar sospechas y crear ese movimiento ‘escéptico’ que niega la antropogénesis del calentamiento global. Negacionismo que presenta a sus acólitos una supuesta falta de consenso en la comunidad científica. En realidad, un falso debate, ya que el 97,1% de los estudios del calentamiento global que recogen sus causas señalan al ser humano. Pero da igual, una vez perdida la confianza en el saber experto y tirando de la cuerda del resentimiento se pueden colar hasta que la tierra es plana. Por su parte, los medios de comunicación, la prensa, que apunta también a la difusión ‘objetiva’ de los hechos, lleva décadas polarizada, sesgada ideológicamente, y también ha perdido la confianza del público. No te puedes fiar. La información circulando por las redes no ha hecho más que agravar esta situación. Y así, casi sin darnos cuenta, hemos llegado a una realidad en la que, como apunta Davies, «la “verdad” es cualquier cosa que no haya sido eliminada por algo más.»

Sin embargo, algo puede haber cambiado o, al menos, algo se está removiendo en este sentido. Hace poco más de un mes, Antonio Muñoz Molina publicaba en *El País* un artículo bajo el título «El regreso del conocimiento» en el que sostenía la teoría de que, en esta nueva situación catastrófica, ahora prevalecen las voces de personas que saben y de profesionales cualificados.

La realidad nos ha forzado a situarnos en el terreno hasta ahora muy descuidado de los hechos: los hechos que se pueden y se deben comprobar y confirmar, para no confundirlos con delirios o mentiras; los fenómenos que pueden ser medidos cuantitativamente, con el máximo grado de precisión posible. Nos habíamos acostumbrado a vivir en la niebla de la opinión, de la diatriba sobre palabras, del descrédito de lo concreto y comprobable, incluso del abierto desdén hacia el conocimiento.

Las tertulias en los medios han sustituido a los 'todólogos', por científicos, dice Muñoz Molina. Y no le falta razón, pero, aunque no cabe duda de que hoy se tiene en cuenta el saber experto, no faltan las críticas desconfiadas. En un periodo de incertidumbre, cuando la ciencia se enfrenta a un total desconocido, reina la incógnita y el saber experto, lejos de establecer un consenso, se mueve en un constante debate. Una situación inestable de la que intentan sacar provecho nacionalpopulistas como Bolsonaro o Trump. Las presiones que ejercen estos desequilibrados sobre sus asesores y asesoras científicas llegan a veces al punto del máximo ridículo. El punto álgido: la ocurrencia de Trump de administrar desinfectante vía oral a los enfermos. Y es que cuando no hay nada cierto y la *episteme* está perdida, es el momento de la *doxa*, de la opinión, incluso de la más absurda. Cuando no se puede confiar en nada ni en nadie, es el tiempo de los locos tiranos.

Pero, ¡vaya! ya estamos hablando del 'tema'. Quizá sea inevitable. Quizá, aunque queramos darnos un respiro y también ofrecer un respiro al público, no haya manera de esquivar el tema. Y quizá tampoco sea deseable y debamos desechar la idea del arte y la filosofía como oasis, como jardín separado. Quizá la terapia deba ser de choque. Quizá, ahora que la distopía ya está aquí, haya que imaginar nuevas utopías, 'nuevas normalidades'. Quizá sea el momento de no pasar de lado por las asignaturas pendientes y enfrentarlas de cara con más fuerza. Quizá en otro texto sí hablemos del tema. Sigamos soñando, quizá mañana despertemos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DAVIES, William. *Estados nerviosos. Cómo las emociones se han adueñado del mundo*. Madrid: Sexto Piso, 2019.

GARCÉS, Marina. *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.

HAN, Byung-Chul. *Psicopolítica*, Barcelona: Herder, 2014.

— "La emergencia viral y el mundo de mañana" en *Sopa de Wuhan*, AMADEO, Pablo (ed.), ASPO. Inicialmente publicado en El País

MUÑOZ MOLINA, Antonio. «El regreso del conocimiento» en *El País*, 25 marzo 2020.

STEYERL, Hito. *Arte Duty Free. El arte en la era de la guerra civil planetaria*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.